

El árbol de la palabra



"En África, cuando un viejo muere es como cuando una biblioteca se quema"

Amadou Hampate Bah, poeta Malinés

¿Qué quiere ahora nuestro viejo padre?

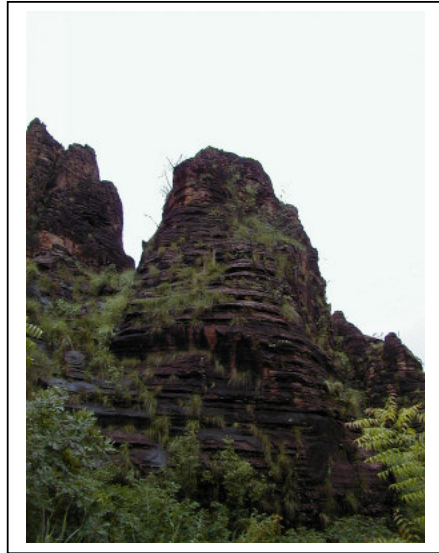
Pide que lo llevemos a lo alto de la colina, junto al arbusto que de joven plantó, con el cordero recién nacido, que lo depositemos sobre la tierra y que lo dejemos morir allá.

¡Oh!, esto es nuevo, durante años nos ha pedido

que le escuchemos,
que aprendamos de él,
que sus padres mucho le enseñaron
y que hay un tesoro a pasarnos en él.

Pobre viejo, lo que nos cuenta no nos interesa y si lo llevásemos y lo dejáramos morir, la justicia vendría y en lugar de sus propiedades distribuir, nos darían largas condenas y esas sin repartir.

El viejo que oye esto, con ira y energía repentina se despoja de sus vestiduras, toma el cordero entre sus brazos, parte hacia la colina y se sienta sobre la tierra junto al arbusto, y rodeado de todos, a ellos se dirigió.



Amigos míos, la naturaleza os ha dado el don de recibir de vuestros antepasados todo lo que ellos supieron.

Yo, humano imperfecto, no he podido a mis hijos enseñar, todo lo que mis ancestros con tanto amor me pasaron, y lo que yo en esta vida con grandes esfuerzos aprendí.

Como todos los de mi tribu no sé escribir, soy viejo y a punto de morir, pero no lo haré, os lo prometo, hasta que con cariño como mis padres hicieron conmigo, todo os lo cuente para que también vosotros lo podáis saber y a los vuestros con cariño transmitir.

Os pido que me escuchéis y cuando mis hijos o los hijos de sus hijos estén listos a oír, se lo contéis a vuestra manera para que lo oigan, lo sepan y a los suyos a su vez lo puedan enseñar.

Y todos escucharon
Y los días se lo contaron a las noches y las noches
en secreto se lo dijeron a los años y los años fueron
pasando, oyendo, aprendiendo y disfrutando.
El bosque que había crecido del árbol.
El rebaño que había escuchado a la oveja.
Las bellas montañas que rodeaban la colina.

Todos ellos eran ya adultos...

Pero el viejo no paraba de contar y emocionar.

Y hasta la luna cuando está llena, con la excusa de iluminarnos viene a curiosarse.

Sus hijos, ni los hijos de los hijos de sus hijos nunca vinieron, nunca estuvieron listos a escuchar.

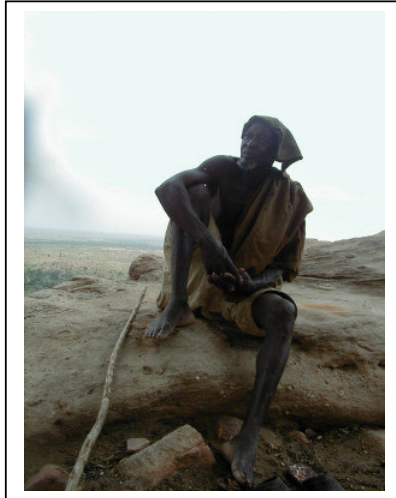
Pero yo que conozco el lugar, cuando tengo deseos de compañía y ganas de mejorar, me adentro muy de mañana en lo más oscuro del bosque, me siento siempre sobre la misma piedra, mirando al frondoso árbol y cuando las primeras luces del alba me permiten vislumbrar, veo la bellísima oveja blanca del viejo tirar, ayudándole en el camino hacia el árbol, que aguardando está.

El viejo, ahora casi ciego y con dificultades para hablar, toca cariñosamente el tronco que amigablemente le ha hecho un hueco en donde reposar.

Toma una piedra del suelo y la tira dulcemente sobre la tierra para indicarle que va a comenzar.

Cierro los ojos con gozo, hasta que la frase que tantas y tantas veces he escuchado me vuelve a emocionar.

**“Oídme con cuidado, siempre decía,
que los días son muy cortos y hoy,
y hoy os tengo mucho que contar.”**



Malí Agosto 1999